

MIGUEL ÁNGEL PÉREZ ORDÓÑEZ

Cuentos de la mar
para GABRIEL

(Sic)
Editorial

Proyecto Cultural de
Sistemas y Computadores S.A.

Bucaramanga

2004

PRIMERA EDICIÓN

Octubre de 2004

DIAGRAMACIÓN, IMPRESIÓN Y ENCUADERNACIÓN

(Sic) Editorial

Proyecto Cultural de Sistemas y Computadores S.A.

Centro Empresarial Chicamocha Of. 303 Sur

Tel: (97) 6343558 - Fax (97) 6455869

Bucaramanga - Colombia

E-mail: siceditorial@syc.com.co

ISBN: 958-708-104-8

Prohibida la reproducción parcial o total de esta obra,
por cualquier medio, sin autorización escrita del autor

Impreso en Colombia

En un tiempo pregunté: ¿de dónde
vienen las más altas cimas? Entonces,
aprendí que vienen del fondo del mar.
Así hablaba Zaratustra (El caminante)

Friedrich Nietzsche

CONTENIDO

Gabriel Enrique ante la mar	9
La Historia de los padres de la mar según El Delfín Cuentero	13
Las Historias oídas por El Delfín Cuentero a las Sirenas Y Tritones	19
De lo que aconteció un día en que los hombres iban en busca de los abismos cantores para redimirse de las penas del cielo.....	21
El Enviado	27
Historia de Ibn Majid, El Leon de la Mar enfurecida	29
Historia de las tres tormentas	35
El Marino de Kennare	41
La voz del hombre del mar.....	47
El sueño de Gabriel Enrique.....	53



na vez llegamos a la playa de Outerbanks, Carolina del Norte, Gabriel Enrique, como si fuera un peregrino del mundo o un marino agradecido porque su barco pudo arribar a puerto seguro, se agachó y besó la arena. Desde luego, se hallaba asombrado al ver esa vastedad de agua que, enrollándose en montañas de olas, amenazaba con acercársele.

En esa misma posición, observaba de reojo, no fuera y se desbordara una ola de esas que poseían manos con garras blancas de fantasma. Temeroso, como se hallaba, le preguntó a la arena: ¿ese monstruo es el mar? ¿Cómo se formó? ¿Qué esconde debajo de su piel de agua? ¿Los que viven en sus ciudades cuentan historias como las que escribe el abuelo?

Igual a muchas otras cosas elementales que solo hablan con los niños, los poetas y los científicos, la arena que empezaba a desperezarse por la acción del sol mañanero, arregló su traje de caracoles y antes de comenzar su viaje alrededor de los mares del mundo, le aconsejó:

— Gabriel Enrique, si deseas saber todo eso, lo primero que debes hacer es ofrecerle un "goldfish", esos pescaditos de galleta dorada

que tanto te gustan a la primera gaviota que te visite.

— ¿Una gaviota? ¿Esos pájaros que revolotean sobre mi cabeza? ¡Me da miedo!

— Nada te pasará. Es condición para que ella, volando sobre el mar, se la obsequie al delfín cuentero en su nombre. Él, entonces, le contará a la gaviota los cuentos de la mar.

Gabriel Enrique, más seguro por los consejos de la arena, se puso de pies y corrió hasta donde se hallaba su mamita Claudia Milena. Como no sabía, cómo solicitarle los pescaditos, extendió su brazo y con ruegos le fue pidiendo las cosas que ella siempre le arreglaba en su morral de viajero. ¿Tetero, niño? — preguntaba mamá —, pero Gabriel Enrique iba negando todo hasta que, por fin, ella le mostró la bolsa de los pescaditos de oro. La tomó y con sus pasos tambaleantes se dirigió al sitio donde había hablado con la arena. La gaviota, al verlo comer no demoró en llegar. Entonces, Gabriel Enrique tomó uno y lo elevó al cielo. Cuando vio la sombra de la gaviota ondulada sobre el vestido de caracoles de la arena, cerró sus ojos con mucho miedo. Pero, al contrario de lo que esperaba, un aleteo delicado produjo un viento suave que alzó su galleta. Al abrir los ojos, la gaviota semejante a una saeta, se perdía con el

pescadito de oro por entre las jorobas de olas que son los músculos de la mar.

Al notar la demora de la gaviota, Gabriel Enrique, quien hasta ahora esta aprendiendo a esperar, se dirigió al mar. Desde luego, creía que podía hacerlo, pues su abuelo creyéndose un pájaro de mar también, ya estaba jugando con las olas. Sin miedo ya, se tomó de la mano de Rafael Enrique, su papá y de su primo Nicolás y, como si fuera un guerrero se fue acercando paso a paso hacia el monstruo marino. Una vez empapado por una olita, Gabriel Enrique siguió viendo y jugando con otras montañitas de agua. ¡Hola, olas!, parecía decirles, hasta que volvió a ver la gaviota.

¡Qué extraño!, cuando salio de la mar, la prima Silvia y los tíos Lina y Omar, parecía hablar con la gaviota. Mamá, lo arropó con una toalla y le preparó un tetero de leche tibia. Acostado allí, Gabriel Enrique veía la manera como gaviota lo rondaba. Al rato, sintió que ella comenzó a hablarle. Por eso, prefirió cerrar los ojos de nuevo y se puso a soñar con estos Cuentos de la Mar narrados por el delfín cuentero.



uego de la división del mundo — comenzó a contarle la gaviota a Gabriel Enrique —, los dos gemelos cósmicos tomaron posiciones distintas. Leviatán, el guerrero, transformó su cuerpo cósmico en una marejada de aguas y de olas. Pero, a pesar de cubrir, en ese momento, toda la Tierra, se sentía solo; por eso, rogó a su hermano Celeste, cuyo cuerpo era de estrellas y de aire, que le proveyera una piel para que algún día otros seres pudieran caminar y volar sobre su cuerpo.

— En virtud de la unidad que seguiremos siendo, hermano Celeste— exclamó con su voz de tromba marina por entre una acantilado de ecos—, te solicito lo pedido, pues todo lo de arriba ha de ser semejante a lo de abajo.

Celeste tomó, entonces, un pedazo de las cinco lunas que existían en el cielo, las conjuró primero y las arrojó al cuerpo de agua que era su hermano. Ellas, que al estar completas lanzaban maléficos hechizos sobre cualquier criatura que las observara, enloqueciéndolas de luz, se fundieron sobre la piel de Leviatán y dieron origen a los cinco continentes. Esperó a que se apagaran y con las manos del viento le fabricó valles, colinas, rojizos bosques. Luego, envió a

los archeópterix o pájaros de fuego para que se introdujeran en esas profundidades; sabía que ellos irían a encender el cuerpo de su hermano con semillas de todas las formas y colores.

No se supo cuando fue, pero lo cierto es que tiempo después, ese paraíso de agua se llenó de ruidos que provenían de brotes de helechos, de estrellitas de mar, de trotes de caballos, peces erizos, murciélagos mantas, peces sapos, niños delfines, culebras anguilas y hasta los hermosos Sol—draulen, machos cabríos del mar con imponentes chiveras de sargazos, cornamenta de nácar y cola de ballenas.

No faltando sino el ave—pez, Celeste envió al Titán Prometeo, orfebre de criaturas, para que lo construyera. Después de muchos intentos fallidos, el orfebre tomó una valva de mejillón e introdujo en ella un huevo de archeópterix, no sin antes perforarlo por un extremo con una crin de caballo de mar. Cerrada la valva, como todo buen creador, Prometeo esperó. Luego de un tiempo cósmico, haló la crin de caballo de mar y, ¡vaya sorpresa!, de ella pendía unas patas palmeadas unidas al cuerpo de un polluelo desnudo que, al instante, se cubrió de plumas—escamas. Era más grande que un ánade pero más pequeño que un ganso. Leviatán, feliz de sentir en su cuerpo de agua, las caricias de un ave de viento, la llamó Ánsar de Concha.

Al comprobar la sabiduría de ese Titán, Leviatán le propuso:

- Todo ser viviente es bello, Prometeo, ¿pero de tus manos no podrá salir un ser de risas?
- Gran Señor — le contestó el orfebre —, ese ser no puede ser tan solo elemento sino espíritu, unidad perfecta entre usted y su hermano Celeste.

La risa, carcajada mejor de Leviatán, cubrió su cuerpo de peces sin ojos, terribles morenas asesinas que revolcaban el fondo del mar para salir manchadas de lodo.

- De este lodo mío, debe ser el cuerpo — le ordenó Leviatán señalando una morena enlodada —, ya verás tú cuál estrella escoges para su espíritu.

Prometeo jugaba a construir, con ese lodo, un ser que no fuera celeste, ni acuático, sino que al poseer esos elementos, contribuyera, como un hábil arquitecto, a la constitución de su propio rostro.

Prometeo trabajó en su taller durante siglos, hasta que una mañana emergió del cuerpo agua de Leviatán con una mujer y un hombre de limo.

Eran hermosos, pero no hallaba cómo hacerlos reír. Preguntó aquí y allá por el misterio de la risa. No, a ningún otro Titán le interesaba esa pregunta. Solo Palas Atenea, la diosa jamás engendrada, se preocupó por la inquietud de Prometeo. No hallando otra solución, la Madre de la sabiduría tomó en sus manos dos psyches, mariposas locas, les infundió un soplo de su ser y las introdujo en aquellas cabezas de limo. Puestos de pies, mujer y hombre despabilaron sus ojos sin membranas y miraron la luz y la tiniebla, alargaron sus manos, oyeron, gesticularon y nombraron.

Aunque Prometeo les pidió paciencia, Celeste y Leviatán observaban exasperados mientras esas criaturas se multiplicaban sin risas. Pero una mañana oyeron una risa queda, convertida luego en una carcajada unísona, que hizo parpadear las estrellas reflejadas en el fondo del mar. Enamorado, impresionado de esa risa que solo provenía de los altos acantilados hechos en su piel, Leviatán pidió dos seres, hombre—mujer; deseaba que ellos estuvieran en su seno también.

Celeste, fiel a lo pactado con su hermano Leviatán, reunió a las mujeres y a los hombres de risas y les preguntó:

— ¿Qué hombre y mujer desean colonizar las insospechadas maravillas que yacen en la parte

acuática de mi hermano Leviatán? Ambos deben superarse edificando. A los dos les espera crear otros seres que sean superiores a quienes los crearon.

Y con palabras sencillas continuó explicándoles la unidad del universo: hembra—varón, abajo—arriba, de igual manera que una gota de mar es idéntica a una gota de sangre y el número de estrellas del universo es el mismo número de neuronas que hacen funcionar el cuerpo y la psyche como uno solo.

Oídas sus palabras, Oannes, el hombre ternura, y Dagon, la mujer pasión, se ofrecieron. Aceptados por Celeste, se despidieron de sus semejantes y ofrendaron sus cuerpos sobre el acantilado de caracolas donde Leviatán reproducía su voz. El los abrazó en sus músculos de olas, los acarició como a sus hijos y los introdujo en el insospechado seno de su cuerpo que era la mar.

Dagon y Oannes levantaron casas transparentes, ciudades con plazas y parques cubiertos de anémonas, corales, madrêporas y cintas multicolores que separaban la región de la luz y la oscuridad de ese cuerpo inmenso, terrible y compasivo que es Leviatán. Los dos convinieron llamar a sus hijos hombres: Tritón; en tanto que a las hembras, Sirena. Para distinguirlos luego,

le pondrían una cualidad; por ejemplo, si habían nacido en una noche clara, los llamarían Tritón cometa o Sirena luna.

Para Dagon y Oannes, así como para sus Tritones y Sirenas, el viaje era su mayor pasión. Semejantes a rémoras o nautilus, cabalgaban sobre las grandes ballenas o sobre los melenudos dorsos de los leones marinos y exploraban países de vientos rojos o azules según aquellas aguas fueran tiñéndose por las desesperanzas de calamares o de pulpos.